



IV Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

01 de febrero de 2026



I. Notas exegéticas

Sofonías 2, 3; 3, 12-13.

Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde.

Estos breves extractos del libro de Sofonías pueden considerarse como la cumbre espiritual de la predicación de este profeta pre-exílico. Aunque el contexto general podría indicar que este texto fue ya escrito en tiempos del gran rey Josías, como lo subraya el título de la obra (1,1), la reflexión sobre los llamados *pobres del Señor* (en heb. 'anawim) pudo haber adquirido su forma final después de la catástrofe del exilio y la destrucción de la monarquía.

El valor espiritual de estos pobres, humildes o indigentes, no hace referencia a su falta de recursos económicos o a una valoración escrupulosa de las riquezas materiales sino a la adecuada disposición que la pobreza genera para depositar la confianza total en el Dios de Israel. El valor de esta pobreza interior en el texto va más allá del individuo extendiéndose a la generalidad del pueblo elegido. Un pueblo humilde y sencillo, que sigue la vía de los mandatos del Señor y purificado de sus antiguas desviaciones, es el ideal social hacia el cual se encamina la predicación de todos los profetas, en este caso de Sofonías.

La autosuficiencia, generadora de arrogancia y de idolatría, alimentada por la riqueza codiciosa, es señalada como una de las causas de los grandes males vividos por Israel. Sofonías alerta a su pueblo a no volver a recorrer el camino de la destrucción pasada.





Salmo 145, 7. 8-9a. 9bc-10 (R.: Mt 5, 3)

Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Este canto de alabanza, que proclama el reinado perfecto del Dios de Israel, expresa la mirada atenta del soberano divino sobre las necesidades de su pueblo, especialmente sobre aquellos que necesitan con mayor urgencia la intervención divina. El salmo viene puesto al inicio del Tercer Hallel (Sal 146-150), colecciones de salmos de alabanza puestos en boca del pueblo judío para acompañar diferentes momentos de oración durante el día. Este en particular, este salmo está destinado a ser proclamado al inicio de la jornada.

La mirada del orante se dirige, ante todo, al Señor fiel, que no abandona a su pueblo en medio de sus precariedades. Es Él quien, con su providencia misericordiosa, manifiesta la lealtad a sus fieles entregándoles diferentes dones de los que carecen: justicia, pan, libertad, salud, fortaleza física y espiritual. Atento a la oración de Israel, el Dios amante y providente siempre responde con bienes.

Al escuchar las obras admirables de la providencia divina, el orante es invitado a unirse al coro de alabanza del pueblo y a depositar plenamente su confianza en la acción salvadora del Señor. Así, Israel se reconoce a la vez espectador y beneficiario de los dones divinos y, mediante su alabanza, participa activamente del reinado eterno de su Dios.

I Corintios 1, 26-31

Dios ha escogido lo débil del mundo

En esta parte final del primer capítulo de esta carta, Pablo demuestra su argumentación teológica haciendo que los miembros de la comunidad de Corinto reflexionen sobre su propia llamada a la fe y sobre las cualidades de aquellos han recibido ese don privilegiado. El argumento principal de Pablo expuesto en esta sección lo podemos encontrar en 1,28: *Dios ha elegido lo que el mundo considera débil y despreciable.*

Al centro de la predicación paulina se pone la buena noticia de Cristo crucificado por amor. En su extrema debilidad, el Hijo de Dios se ha manifestado potente y capaz de salvar. La lógica de Dios, que privilegia la debilidad y la necedad, aparece entonces contraria a la lógica humana. A través de la fragilidad humana se hace patente la fuerza divina que supera toda esquema humano de grandeza.

En la elección de los corintios, gente del común sin ningún privilegio especial, se manifiesta con claridad la sabiduría divina que privilegia siempre a los débiles y necios para manifestar en ellos el poder del amor divino que supera toda humana capacidad.





Mateo 5, 1-12a

Dichosos los pobres en el espíritu

La liturgia nos presenta hoy el inicio del que es el más famoso discurso de Jesús en el evangelio de Mateo: *el Sermón del Monte (Mt 5-7)*. Mateo estructura su obra en torno a cinco grandes discursos de Jesús. Este es el primero, el más prolongado y el que presenta más enseñanzas de forma orgánica sobre la nueva vida que Cristo ha traído al mundo.

Gran parte de su contenido se debe a la llamada segunda fuente o fuente de los dichos, denominada también por los estudios “Q” (del alemán Quelle, fuente). Según los exégetas y, atendiendo a la difundida teoría de las dos fuentes que pretende explicar el nacimiento de los evangelios sinópticos y sus relaciones mutuas, esta fuente habría sido una colección de dichos sueltos de Jesús que luego fueron puestos en modo de enseñanza narrativa por el evangelista Mateo.

El discurso viene encabezado por ocho bienaventuranzas, un género literario conocido en la literatura sapiencial (cf. Sal 1) y en Qumran. Jesús, a modo de maestro como un nuevo Moisés en el monte, expone diferentes categorías de personas dichosas que a luz de los esquemas sociales de su época y de todas las épocas, son vistas como desgraciadas o malditas.

La clave de las bienaventuranzas consiste en que, por medio de la aparente desdicha de la persona sufriente, esta se abre a la posibilidad de acoger el Reino de los Cielos y participar en él con plenitud. La pobreza tanto física como espiritual, entonces se puede convertir en camino de alegría y de realización personal para el creyente en Cristo.





II.

Pistas homiléticas

El sufrimiento, momento para el encuentro: una valoración adecuada del sufrimiento puede llevar a muchas personas en nuestras comunidades creyentes a encontrar un sentido nuevo en medio de grandes dificultades personales, laborales o familiares. Nuestro contexto social privilegia la exposición de la vida como una serie de situaciones que deben ser placenteras o confortables y desecha las realidades de sufrimiento como innecesarias e incluso inhumanas. Por el contrario, las bienaventuranzas nos demuestran que, a la luz del amor de Cristo, nuestros sufrimientos pueden llegar a tener un sentido más profundo y pueden abrirnos a una plenitud mayor de la que hasta ese momento hemos conocido.

La elección divina, don gratuito: vivimos en un contexto social que privilegia la competición de unos contra otros y la obtención de éxitos o logros fruto del mérito dado mediante un esfuerzo excesivo. La elección divina al don de la fe, expresada por Pablo en la segunda lectura, nos demuestra que la llamada y la participación en la fe son un don totalmente gratuito y que nada tienen que ver con méritos propios o construcciones humanas. Pablo nos exhorta en cambio a valorar la elección divina, hecha desde el bautismo e inclusive como él mismo lo señalará antes de la creación del mundo, como la expresión perfecta del amor de Dios, venido a nosotros sin ningún mérito ni merecimiento propio.

Pobreza, estado a revalorar: vivimos en una constante lucha contra la pobreza física que consideramos deshumanizadora y causante de numerosos males sociales. Tantas veces enfocamos nuestros esfuerzos tanto sociales como evangelizadores en la superación de la misma y en crear condiciones de dignidad y equidad entre los miembros de la comunidad creyente. Sin embargo, existen otros muchos tipos de pobreza que aparecen en nuestra sociedad y que pueden llegar a ser aún más graves que la económica: pobrezas de amor y relaciones, de soledad, de sentido, de capacidad de perdón, de horizontes de esperanza. Tanto la primera lectura como el evangelio nos invita a llevar el anuncio gozoso del amor de Cristo, vencedor de la muerte, a aquellos que sufren todo tipo de pobrezas, aunque sean ricos materialmente. Toda pobreza humana, en cualquier campo, puede ser camino de apertura para recibir el poder y la alegría del Reino de Dios.

Reconsideremos las paradojas cristianas: sin duda las lecturas de este domingo presentan diferentes paradojas en la vivencia de la fe cristiana. Lo que parece privilegiado y valioso a los ojos de la sociedad parece no ser importante a los ojos del Señor y aquello que tantas veces desecharmos como inútil parece tener un valor infinito para la participación en el





Plan de Predicación

Reino. Abrir a nuestras comunidades creyentes al adecuado valor de las paradojas de nuestra fe puede dar al anuncio del Evangelio la capacidad de renovar situaciones sociales estancadas y desesperanzadoras donde aparentemente no aparecen soluciones ni propuestas de cambio. El evangelio, tomando lo más humano que existe, aquello que el Hijo de Dios asumió, es decir nuestra propia fragilidad, hace ver aquello que parece desgraciado y condenado como camino de plenitud y condición para realización de una vida más humana. Así, ninguna situación por desesperada que pueda parecer escapa a la potencia de Cristo, transformador de la condición miserable de la persona en situación de elección, santificación y redención, como nos indicará Pablo en la segunda lectura





III.

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Bienvenidos, hermanos, a nuestro encuentro fraternal en la celebración semanal de la pascua de Cristo. En este cuarto domingo del tiempo ordinario, al que bien podríamos llamar «Domingo de las bienaventuranzas», el Señor nos quiere transformar interiormente y hacernos gustar el secreto de la verdadera felicidad. Iniciemos la celebración de este encuentro salvador.

Monición a las lecturas

Comienza hoy el Sermón del Monte, del cual escucharemos diversos pasajes a lo largo de los próximos domingos. La opción preferencial de Dios por el pobre y el humilde se destaca en la Palabra que hoy se nos proclama, ya anticipada desde la primera lectura y plenamente revelada en el Evangelio. Así como los discípulos, sentados en la montaña, se dispusieron a escuchar las palabras de Jesús, también nosotros nos preparamos con atención y apertura para acoger la Palabra que hoy se nos dirige, y para asimilar en nuestra vida el espíritu de las bienaventuranzas.





Oración de fieles

Presidente: El Espíritu de Jesús es el autor principal de la oración de la Iglesia; confiados en su inspiración interior elevemos al Padre nuestra oración haciendo nuestros los anhelos y esperanzas de todos los hombres.

R/. Escúchanos, Padre. En ti confiamos.

1. Por toda la santa Iglesia, para que aceptando el proyecto de las bienaventuranzas que Jesús nos propone, en toda palabra y obra sea testigo del Señor Jesús y de la verdadera riqueza que es Dios. Oremos.
2. Por los líderes del mundo, para que Dios les dé la gracia de trabajar unidos por custodiar la dignidad de todo hombre y, renunciando a sus intereses personales, promuevan la justicia y el cuidado especial de los pobres y vulnerables. Oremos.
3. Por cada una de nuestras familias, para que aprendamos cada día a ser verdaderos discípulos de Jesús, caminando junto a Él, descubriendo los caminos del Reino y aprendiendo a servir viviendo en el espíritu de las bienaventuranzas. Oremos.
4. Por los más necesitados de nuestra sociedad, especialmente los pobres, los que lloran, los que sufren marginación y discriminación, para que Dios se haga presente en medio de ellos y les brinde su ayuda y su consuelo. Oremos.
5. Por todos nosotros y nuestra comunidad, para que Dios nos dé la gracia de sentir su presencia en nuestra vida cotidiana, y de conocerlo como nuestro compañero constante en tiempos de soledad, nuestra alegría en tiempos de sufrimiento y nuestra esperanza segura en tiempos de incertidumbre. Oremos.

Presidente: Mira, oh Padre, el rostro de tu Hijo y acoge la oración de esta familia tuya que confía en ti, para que seamos signo y primicia de la humanidad nueva redimida por tu Hijo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.





IV Domingo del Tiempo Ordinario

Ciclo A
1 de febrero

1. Claves de reflexión

1. Acompañar

Dios actúa en favor de los humildes, de los que confían en Él y hacen el bien. Jesús proclama verdaderamente dichosos a aquellos que —como los niños— tienen un corazón sencillo y humilde, que no están enceguecidos por la envidia ni por el egoísmo y, por lo tanto, saben escuchar y pedir perdón, hacen el bien y confían en el amor de Dios; es decir, que no imponen su capricho ni usan la fuerza o las amenazas para someter o despojar a los demás.

Lo sorprendente es que Jesús no dice que son felices los más fuertes, los más famosos o los que tienen más cosas... Dice que son felices los pobres de espíritu, los mansos, los que trabajan por la paz, los limpios de corazón, los misericordiosos. ¿Por qué? Porque ellos dejan que Dios sea su fuerza, su alegría y su tesoro.

2. Motivar

Las Bienaventuranzas son como un mapa del tesoro, un camino seguro para ser verdaderamente felices y vivir como hijos de Dios.

San Pablo nos dice algo muy importante: Dios escoge lo pequeño para hacer cosas grandes. No hace falta ser perfecto, ni saberlo todo, ni tener mucho. Basta abrir el corazón para que Dios pueda actuar.

Las bienaventuranzas nos colocan ante opciones decisivas con respecto a los bienes terrenos; purifican nuestro corazón para enseñarnos a amar a Dios sobre todas las cosas. (Catecismo de la Iglesia Católica 1728)

3. Retar

Utilicemos cada gesto de bondad humana y la promoción de los valores cristianos para revelar a Dios al mundo y construir el Reino de Cristo. Es una receta segura para una vida feliz. (Papa León XIV)





Las Bienaventuranzas son una invitación a vivir de manera auténtica, sobre la base firme de la sencillez y la humildad de corazón:

- sin pelear tanto,
- sin querer tener siempre la razón,
- sin responder con violencia,
- ayudando al que sufre,
- siendo sinceros,
- buscando la paz en casa, en el colegio y con los amigos.

Jesús nos muestra que todos podemos construir un mundo mejor, empezando por pequeños gestos de bondad y humildad.

Elige una Bienaventuranza y vívela en algo muy concreto:

- responder con calma cuando te enojes,
- ayudar a quien está triste,
- pedir perdón primero,
- compartir algo que te cuesta,
- o trabajar por la paz en tu casa o en tu curso.

Haz ese gesto como tu manera de decirle a Jesús:
«Yo quiero vivir como tú me enseñas».





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Queridos niños y niñas, bienvenidos a esta celebración del IV Domingo del Tiempo Ordinario. Jesús nos propone el camino auténtico para ser felices: las Bienaventuranzas. Abramos nuestro corazón para escuchar su Palabra y seguir sus enseñanzas con alegría.

Monición a las lecturas

Las lecturas de hoy nos invitan a descubrir que Dios se fija en lo pequeño y en lo humilde. Sofonías anuncia que el Señor cuida a los sencillos y a los que buscan el bien. San Pablo nos recuerda que Dios obra maravillas incluso a través de quienes el mundo no considera importantes. Y Jesús, en el Evangelio, nos enseña las Bienaventuranzas, un camino para vivir cerca del corazón de Dios. Escuchemos con mucha atención.





Oración de fieles

Presidente: Confiado en el amor de Dios que escucha a los humildes y a los sencillos, presentemos nuestras peticiones diciendo:

R/. Señor, escucha nuestra oración.

1. Por la Iglesia y por el papa León, para que anuncien con valentía la alegría de las Bienaventuranzas y acompañen con amor a los más pobres y pequeños.
Roguemos al Señor.
2. Por los gobernantes, para que trabajen por la justicia, la paz y el bienestar de todos, especialmente de los más vulnerables.
Roguemos al Señor.
3. Por los niños y niñas del mundo, para que descubran que Jesús los ama y los llama a vivir con un corazón sencillo, limpio y generoso.
Roguemos al Señor.
4. Por quienes sufren tristeza, pobreza, enfermedad o desprecio, para que encuentren consuelo en el Señor y en la cercanía de personas que los acompañen con amor.
Roguemos al Señor.
5. Por nuestra comunidad y por nuestras familias, para que vivamos cada día las Bienaventuranzas y seamos testigos de la alegría y la bondad de Jesús.
Roguemos al Señor.

Presiente: Padre bueno, escucha estas oraciones que te presentamos y ayúdanos a vivir como Jesús nos enseña en las Bienaventuranzas. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

